

>

D

O

C

U

M

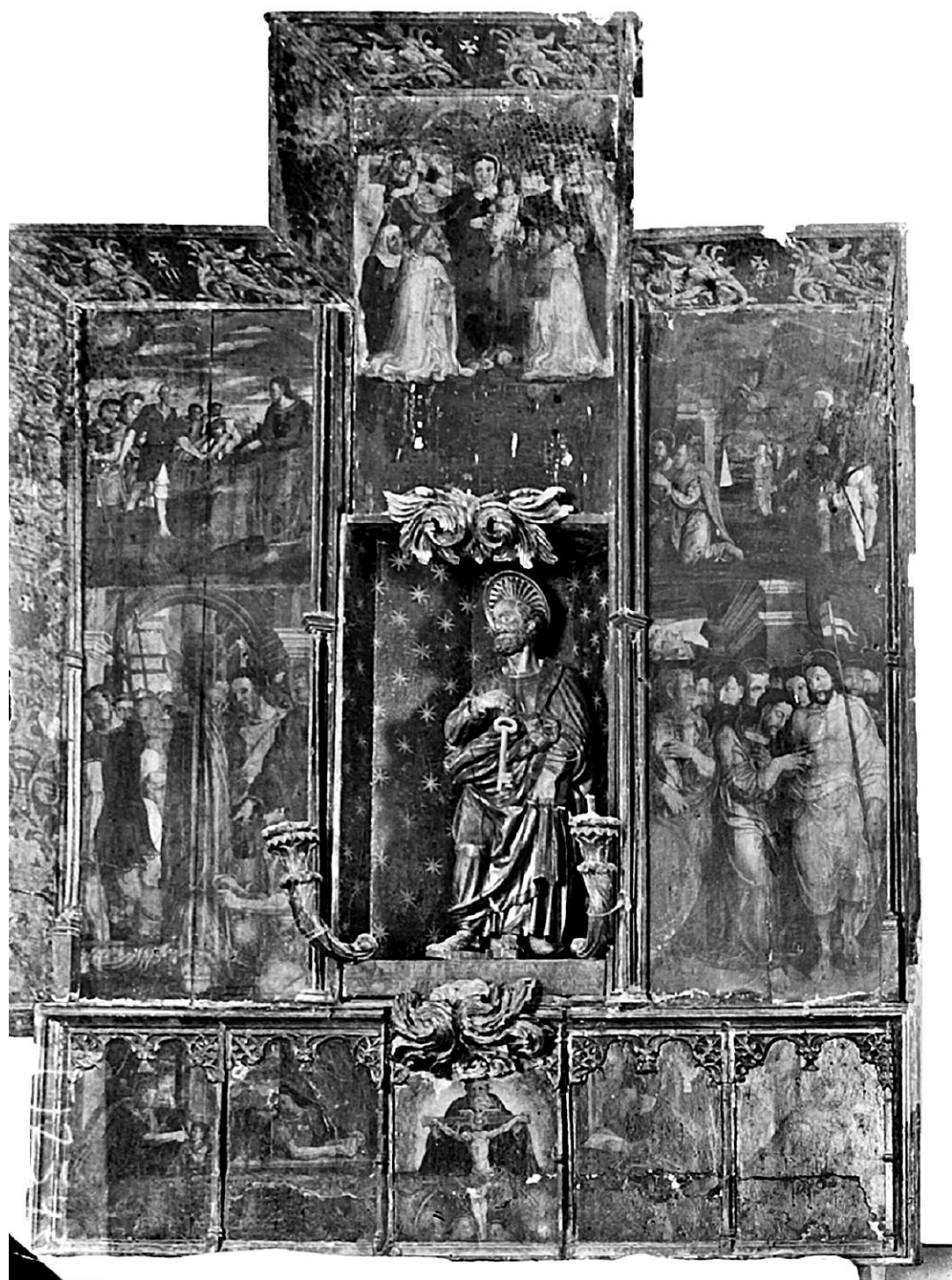
E

N

T

O

S



BREVE NOTICIA DE LA BENDICIÓN DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE LOS GRIEGOS EN EL TÉRMINO DE OLIETE, VERIFICADA EL DÍA 4 DE OCTUBRE DEL AÑO 1864

ALFREDO ANDREU ALQUÉZAR

La biblioteca del convento del Olivar conserva una serie de interesantes obras manuscritas de diversos frailes mercedarios. A destacar, entre otras, son las obras del olietano fray Ramón Lisbona Pueyo, que con una prosa delicada y descriptiva es capaz de acercarnos a los paisajes, acontecimientos y personas que habitaban nuestra comarca en el siglo XIX.

Fray Ramón nació en Oliete el 8 de octubre de 1817, desde su más temprana infancia destacó por su brillantez e inteligencia, a los 14 años ingresó en los escolapios de Zaragoza para estudiar latín y humanidades causando admiración entre todos sus profesores y discípulos. Pero su prometedora carrera pronto se vería interrumpida, pesaba sobre él, o mejor dicho sobre todos los olietanos, el estigma de ser “del pueblo de los ladrones”. Un tremendo impacto causó en la sociedad aragonesa del primer tercio del siglo XIX el ajusticiamiento mediante garrote vil, en la plaza del Mercado de Zaragoza, de cinco bandoleros de la cuadrilla de los Aceros de Oliete; una sanguinaria partida de bandidos que asolaron gran parte del territorio aragonés y del señorío de Molina al finalizar la guerra de la Independencia. Mácula que, ante las difamaciones y burlas de sus compañeros, le obligó a suspender sus estudios regresando a su pueblo.

Tras un breve parón retomó sus estudios en la Escuela de Latín de La Seo, vistiendo los hábitos mercedarios el 10 de octubre de 1833 e ingresando en el zaragozano convento de

San Lázaro. El 6 de julio de 1835 sufrió en su persona los motines anticlericales que se sucedieron en la ciudad de Zaragoza, pudiendo huir del asediado convento salvando su vida tras ocultarse bajo las ropas de una labradora. Fray Ramón pronto abrazó la causa carlista, a la que dedicó lo más florido de su pluma, siendo detenido y encarcelado en el castillo de la Aljafería. En su estancia en prisión escribió sus primeras poesías, quizás las más bellas de su prolija obra. Puesto en libertad al finalizar la guerra se quedó en Zaragoza, donde se dedicó al estudio de la literatura griega, latina, italiana y francesa, y adquiriendo nutridos conocimientos históricos y filosóficos. Luego ejerció el ministerio sacerdotal en Urrea de Gaén, Alloza, Muniesa y Oliete. En agosto de 1878, junto a once religiosos más, participó en la refundación del convento del Olivar y la restauración oficial de la Merced en España, siendo nombrado secretario de la Casa y cronista de la Orden en España, también sería escogido como instructor de gramática latina y humanidades en el monasterio del Olivar. Falleció el día 21 de mayo de 1880 a la edad de 63 años y sus restos fueron enterrados en el panteón de religiosos del monasterio.

El curioso texto que hoy presentamos, en un formato que se asemeja al de un reportaje periodístico, se refiere a la recuperación y bendición de la ermita de San Pedro de los Griegos de Oliete en el año 1864, en el mismo se aportan unos interesantes datos históricos y patrimoniales que nos acercan a la más íntima historia de la creación de la Orden de la Merced en nuestra tierra y las vicisitudes que le depararon las desamortizaciones del XIX.

El documento original consta de diez folios manuscritos con una inmejorable caligrafía, pero lamentablemente el paso del tiempo y la calidad de la tinta han hecho ilegibles algunos de sus párrafos, dos en concreto, por lo que no lo transcribiremos en su totalidad.

Hay sucesos en la historia de los pueblos que imprimen hondas huellas en la memoria de sus habitantes, haciendo que su recuerdo sea imperecedero. Tal es el que me propongo describir en este corto y desaliñado escrito. Cuando en este siglo hemos visto que la impiedad, armada de puñales y teas encendidas, ha destruido tantos templos augustos; cuando la indiferencia religiosa mira impasible las ruinas de tantos monumentos religiosos amontonadas por el tiempo, ¿no es un suceso consolador y de gran importancia la creación de un templo, la reparación de una hermita?

Distante media legua de la villa de Oliete, al oriente, sobre la orilla izquierda del río Martín se ve hoy un hermoso edificio, que es propiedad de don Ramón Julve, vecino y rico propietario de Andorra. La situación de este edificio sobre el mismo río, y a una altura conveniente para no ser arrastrada por sus avenidas, goza de una perspectiva agradable. A sus pies corre murmurando el río, en cuyas orillas se ven algunas huertas con agradable confusión de árboles, unos tendiendo sus ramas y esparciendo en su rededor apacible sombra, y otros elevando sus puntas como si intentaran robar al Sol sus rayos. Por la parte sur y por el norte montes elevados terminan el horizonte, y de ellos descienden otros montecillos que bajando gradualmente y formando pequeños valles y barrancos, están cubiertos de viñas unos y de romero los más. En medio de este cuadro está el edificio que se compone de tres departamentos, la casa que al mismo tiempo que sirve de casa de labor a los colonos de su dueño

tiene la belleza y las comodidades de una casa de recreo, dos establos que son espaciosos, y una hermita distante algunos pasos al oriente de la casa.

Esta hermita así como el demás edificio, había sido restaurada por D. Ramón Julve, y aunque anteriormente se había celebrado en ella el santo sacrificio de la misa, dejase sin embargo que había sido profanada necesitado por consiguiente de nueva condición para celebrar en ella los santos misterios. Dicho señor, pues suplico al Arzobispo de la Diócesis D. Fr. Manuel García Gil que se dignase facilitar a algún sacerdote para bendecirla; y esta facultad fue concedida a D. Manuel Moreno, Rector Párroco de la Iglesia de Herrera.

Preparando todo lo necesario para la bendición, D. Ramón Julve tuvo la feliz idea de solemnizar este auto lo mejor posible, teniendo en cuenta la situación de la hermita en un desierto distante de población media legua por lo menos. Al efecto invitó al Clero, Ayuntamientos y personas de alguna distinción de los pueblos de Oliete, Andorra, Alloza y Ariño, divulgando la noticia para que esta solemnidad atrajese de los pueblos comarcanos una numerosa concurrencia. El día designado para la bendición fue el día 4 de octubre del año 1864.

Este día amaneció claro y despejado, y el sol despedía sus dorados rayos sin que su calor molestara a causa de hallarse la estación del otoño algún tanto adelantada. Desde muy temprano se veían ya en san Pedro multitud de gentes, y en especial confiteros que colocaban sus tiendas en los alrededores de la casa. Por todos los caminos se veía venir grupos de personas, que alegres y festivas se dirigían a ver la gran solemnidad. A las ocho de la mañana el concurso era tan numeroso, que las inmediaciones de la casa eran corto espacio para tanta multitud. Allí se veían en amigable consorcio los individuos de diversos pueblos, los niños mezclados con los ancianos, las mujeres con los hombres; todo era confusión, todo algaraza. Todo este ruido se aumentaba considerablemente con las trompas, flautas y clarinetes que, por divertir a la concurrencia, hacían resonar sus ecos junto a la casa. Pero ¿qué instrumentos musicales han de ser capaces de hacerse oír en medio de un concurso de dos mil personas, en que todas hablaban, gritaban, reían siempre en un continuo movimiento?

[...]

Mientras pasaba por de fuera en la casa reinaba la actividad y el mayor orden. A medida que los convidados iban llegando eran conducidos a las habitaciones, en donde se les servía el desayuno, el chocolate a unos, copas a otros, según el gusto de cada uno. D. Ramón, su señora y su simpática hija doña Josefa haciendo los honores de la casa, se multiplicaban, si así puedo explicarme, en todas partes se les veía, llegando su bondad hasta el extremo de salir a las afueras a recibir a los que venían. Las ocho de la mañana serian poco más o menos cuando se dio principio a la bendición de la campana y de la hermita. El Sr. Cura de Oliete, a cuya jurisdicción pertenece la hermita, debía presidir el acto y al efecto había venido con tiempo oportuno con la cruz levantada y procesión solemne. El Sr. Rector de Herrera revestido con las sagradas vestiduras que prescribe el ritual procedió a la bendición de la campana.

Breve noticia

de la Bendición de la Iglesia de San Pedro de los Griegos en el termino de Oliete ya efecuada el día 1.º de octubre del año 1864.

Hay errores en la historia de los griegos que imprimen
povositas huellas en la memoria de sus habitantes, haciendo
de que su recuerdo sea impreciso. Tal es el que nos que-
pango describir en este corto y desolado escrito. Cuando en
este siglo hemos visto que la impiedad, armada de puñales
y de bras incendidas, ha destruido tantos templos augustos,
cuando la indiferencia religiosa mira imposible los rui-
nos de tantos monumentos religiosos como tomadas por el
tiempo, ¿no es un suceso consolador y de gran importancia
la erección de un templo, la reparación de una hermita?

Distante media legua de la Villa de Oliete, al oriente;
sobre la orilla izquierda del río Martín se ve hoy día un tur-
noso edificio, que es propiedad de don Ramon Tebeo vecino y
rico propietario de Andorra. La situación de este edificio sobre
dominano río y á una altura conveniente para no ser arrebata-
do por sus avenidas, goza de una perspectiva agradable. A
su pie se ve murmurando el río, en cuyas orillas se ven
algunas huellas con agradable confusión de árboles, unos es-
ta dando sus ramas y esparciendo en su rededor apai-
sable sombra, y otros elevando sus puntas como si intentáran
robear al sol sus rayos. Por la parte del sud y por el noro-
este, circundan de nivel a la distancia, y desde ellas se des-
cienden otros montecillos que bajando gradualmente
y forman una pequeña valla y barrancos, están sembrados
de viñas y de graneros los mas. En medio de un campo
se ve un edificio que se compone de tres departamentos; la
parte que al mismo tiempo que sirve de casa de labra a los se-
ñores de la finca tiene la herrería y las inmediaciones de
un caso de escuela, los establos que son de propiedad, y de un ter-
cero sirve de almacén para el comercio de la casa.

Son bendecidas las campanas como dice el Ritual y se colige de las oraciones que dice el sacerdote, para convocar al pueblo y al clero; al pueblo para oír la divina palabra, y al clero para cantar las divinas alabanzas; y también para que al oír sus sonidos se muevan los fieles a orar y crezca en ellos el fervor de la fé. Son bendecidas también para que a su sonido huyan espantados los demonios, y amansen y cesen las tempestades de truenos, rayos, granizos, vientos, etc. y se conserven los frutos de la tierra.

Recitados algunos salmos por el clero y algunas oraciones por el presente, bendijo esta agua y sal, y con estos elementos mezclados roció la campana lavándola interior y exteriormente y enjaguándola después con un paño. Continuaron las preces, y el sacerdote puso incienso en el incensario, y lo colocó debajo de la campana de modo que esta recibiera todo el humo del incienso. Entre tanto el clero canto un salmo ensalzando la grandeza y el poder de Dios, y dicha por el Sacerdote la oración y cantado el Evangelio se dio fin a la bendición de la campana, procediendo acto continuo a la bendición de la hermita.

Ordenada la procesión delante de la puerta el sacerdote roció con agua bendita las paredes forales por la parte alta y por la baja rodeando la hermita hecho lo cual entro en ella cantando las letanías de los Santos. Llegado al altar el sacerdote lo bendijo y después roció con agua bendita las paredes interiores del mismo modo que había rociado antes las forales.

Terminada la ceremonia de la bendición se celebró una misa cantada con toda solemnidad, en la que no escasearon las buenas voces y las melodías del órgano, pues a falta de este, suplió un hermoso armónium que había sido traído al efecto. También hubo sermón, en el cual el Sr. Cura de Oliete pondero la piedad de los dueños de la hermita. Esta función se hizo con la mayor pompa: las alabanzas tributadas a Dios llenaban el templo mientras que el humo del incienso se extendía como una nube y elevaba su fragancia hasta el cielo. La hermita se veía cuajada de gente, pero no hubo el menor desorden, antes bien el recogimiento y la devoción de los asistentes daban cierto realce a las augustas ceremonias del altar.

Poco después de haber terminado la función, la muchedumbre se dispersó formando grupos, por el llano, por los montes y por las orillas del rio en busca de sitio cómodo donde poder celebrar su banquete. Era un cuadro sumamente pintoresco aquel en que se veían mil grupos compuestos de personas de diferente sexo y edad, todas alegres y festivos; colocar unos sus meriendas sobre la hierba, correr otros, sentarse los más, pero riendo todos y dirigiendo cada cual a su vecino el ofrecimiento amistoso de su mesa. Las personas necesitadas hallaron por todas partes este día abundancia de manjares, pues además del pan y del vino que con largura se distribuía en la casa por orden de sus dueños, las sobras de aquellas comidas campestres eran distribuidas a los pobres.

No era menor la animación que reinaba en el interior de la casa. Los convidados eran en tan gran número, que aunque la habitación del convite era grande no cabían en ella de pie. Fue preciso pues servir la comida en dos veces, a unos tras otros. Los señores de la casa iban sin cesar de una parte a otra, llamando a unos, colocando a otros y dirigiendo palabras corteses a todos, con la mayor amabilidad. La comida fue abundante y succulenta, y el servicio

esmerado. Los convidados por su parte cumplieron excelentemente su deber, a juzgar por la alegría, buen orden y animación que reino hasta llegar la hora de dar gracias.

Yo bien quisiera ahora consignar los nombres de todas las personas distinguidas que asistieron a la solemne función que llevo descrita, pero fueron en tan gran número, y las más de ellas desconocidas para mi hasta el punto de ignorar sus nombres que me veo precisado a nombrar tan solo algunas que me son conocidas. Don Manuel Moreno Rector de Herrera, Don Miguel Palos Cura de Oliete, Don José Lahoz Beneficiado de san Gil de Zaragoza y propuesto para el Curato de Estercuel, un sacerdote de Andorra, y el que esto suscribe. Del estado secular el Ayuntamiento de Oliete casi en pleno, el de Andorra, el de Alloza, y el de Ariño representados por algunos de sus individuos, Don Pedro José Nuez, Notario de Alloza, Don Luis León que lo es de Oliete y Don Ángel Pascual y Seta de Muniesa. Descrita, aunque a la ligera, la bendición de la Iglesia de San Pedro de los Griegos, me ha parecido oportuno añadir aquí algunas noticias, que de este edificio nos han conservado la tradición y la historia.

A muy pocos pasos de distancia de la casa, en el llano junto al mismo se ve un pilar de piedra sillería bastante elevada que en otro tiempo debió ser una cruz. En la parte superior de este pilar está grabado, aunque ya se distingue poco, el escudo de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, cuyas insignias son la Cruz de la Iglesia de Barcelona y las barras de la Corona de Aragón. Dicho escudo así como el altar de la hermita indican que este edificio perteneció en otro tiempo a los Religiosos de la mencionada Orden.

Todos sabemos, porque lo hemos visto que este edificio, así como en las tierras adyacentes perteneció a los Padres Mercedarios del convento de nuestra Señora del Olivar; pero no todos sabrán que anteriormente fue convento habitado por frailes bajo el título de San Pedro de los Griegos, por espacio de tres siglos.

La fundación de este convento fue debida a la piedad de Don Blasco de Alagón, uno de los principales caballeros de nuestro reino, descendiente de uno de aquellos doce insignes varones que empezaron la guerra contra el moro en las montañas de Jaca y eligieron el primer Rey de Sobrarbe. Semejante a sus heroicos ascendientes don Blasco acompañó al rey Jaime el conquistador en todas sus expediciones, mostrando en todas su acrisolada lealtad y un valor a toda prueba. Él fue quien ayudo al rey, no solo con su consejo, sino también con su valor y talentos militares en la conquista de Valencia. Antes de emprender las operaciones contra esta ciudad, era preciso apoderarse de Morella villa fuerte, situada a poca distancia de Aragón, y esta empresa fue encomendada a Don Blasco de Alagón por el Rey Don Jaime, quien prometió solemnemente darle el señorío de dicha villa si lograba apoderarse de ella. Morella cayó en poder de Don Blasco a principios del año 1233, pero siendo esta plaza de importancia grande, la reservó el rey para la corona, dando a aquel en su lugar el señorío de Sástago. Tal es el origen de la nobilísima casa de los Condes de este título.

Por este mismo tiempo la Orden de la Merced, fundada el año 1218 por el rey don Jaime y san Pedro Nolasco se extendía admirablemente por España; en Aragón a medida que era reconquistado de los moros, se fundaron también conventos para asilo de los cautivos redi-

midos. No puedo decir el tiempo fijo en que se fundó el convento de san Pedro de los Griegos, pero no será aventurado fijar esta fundación a mediados del siglo trece. Lo que es indudable, que dicho convento fue fundado por don Blasco de Alagón, Señor de Oliete y Sástago, es también indudable que este convento existía el año 1320, como consta por una escritura de las actas del capítulo general que la Orden de la Merced celebró en Lérida el dicho año, testificada por el notario público Borrás Casala el día 5 de mayo. Dichas actas fueron firmadas por los comendadores asistentes al capítulo, y entre las firmas hay una que dice: Fr. Bernardo de Ostales comendador de San Pedro de los Griegos.

Ahora ocurre la duda: ¿por qué este convento se llamó San Pedro de los Griegos? ¿Por qué al nombre del santo Apóstol se añadió como para distinguirlo de otro el epíteto de los griegos? Hé aquí una cuestión que todavía no se ha resuelto satisfactoriamente. En la historia del convento de nuestra Señora del Olivar se conjetura que se llamó así porque se decía por tradición que en sus inmediaciones había existido un pueblo llamado de los griegos. Yo opino que este pueblo fue habitado por los griegos, dejando su nombre al terreno que ocuparon. Esta opinión adquiere alguna probabilidad si se atiende a que sobre una roca muy elevada sobre el río, al oriente de san Pedro, se ven las ruinas de un castillo cuya construcción tosca pero sumamente sólida manifiesta una muy remota antigüedad. Dos murallas paralelas y dos torreones de forma circular que se conservan desmoronados, dan testimonio de la solidez de esta obra. Debajo de esta fortaleza en su lado oriental han descubierto los labradores, al remover la tierra con el arado, sepulturas de piedra, osamentas, fragmentos de vasos, etc... Ahora bien, ¿no podría creerse que aquí tuvo asiento una colonia; y qué esta colonia pudo ser la griega de que hablan nuestras historias, que se estableció junto al Ebro? ¿No puedo suceder qué remontando el río Martín desde Escatrón algunos de los que componían aquella colonia, vinieran a fijar su asiento en este punto?

Pero sea de esto lo que quiera; lo cierto que el convento de san Pedro de los Griegos fundado por el ilustre don Blasco de Alagón y dotado por él con las huertas y tierras adyacentes, existió habitado por los Religiosos hasta el año 1578. En él se practicaban los actos piadosos acostumbrados en los demás conventos, viviendo sus Religiosos según las constituciones de la Orden, hasta que hecha la agregación de este convento al de nuestra Señora del Olivar y confirmada por el Papa Clemente octavo en 1598, quedo convertido en una granja o casa de campo, en la cual habitaba un sacerdote para decir Misa a los Religiosos legos y criados ocupados en el cultivo de sus tierras. Más no se crea que por esta agregación los religiosos se olvidaron del piadoso fundador de San Pedro todos los días se aplicaba una misa en el Convento del Olivar por las almas de dicho fundador y de su mujer que tan amantes y favorecedores de la Religión Mercedaria.

Es imposible ahora dar una idea exacta de la planta que en lo antiguo tuvo este convento, porque abandonado por los Religiosos y con el curso de los años se fue arruinando y solo se cuidó ya de reparar lo más necesario al nuevo destino que se le había dado. Hace pocos años hemos visto el antiguo convento convertido en una miserable venta que por momentos amenazaba arruinarse. La iglesia sin embargo se había conservado intacta, aunque muy deteriorada. Su construcción es sólida y sin adornos. En sus paredes laterales había tres

pilastras que sostenían otros tantos arcos para sostener el techo imitado a bóveda. En el lado de la epístola había una pequeña sacristía, y junto a esta se veían los restos de un claustro arruinado. En el interior de la iglesia estaba el altar principal dedicado al titular, y por ser el mismo que hoy existe voy a describirlo brevemente.

El retablo de este altar es todo de madera; en medio de él hay un nicho o capillita en el cual está la estatua de San Pedro Apóstol. En su parte superior, en los lados y al pie se ven pinturas de buen colorido, las cuales representan en la parte superior a la Virgen de la Merced cubriendo con su manto a religiosos y monjas de su Orden. En el lado de la derecha está San Pedro crucificado con la cabeza vuelta hacia abajo, y en el cuadro que está sobre este, el mismo santo sale de la barca para andar sobre las aguas en busca del divino maestro, que camina sobre el mar. En el lado de la izquierda Jesucristo resucitado se aparece a los Apóstoles hallándose entre ellos el incrédulo Tomás que introduce los dedos en la llaga del costado; sobre este se ve otra pintura tomada también del evangelio. En la parte inferior del retablo están los cuatro evangelistas, y en medio de él el Padre Eterno sostiene los brazos de la cruz en que está clavado Jesucristo. En este altar, debajo de la estatua de San Pedro hay una inscripción que dice "Esta presente obra se acabó siendo comendador el R.P Fray Tomás Morelló año 1538". De lo cual se deduce que este altar es el mismo en que celebraron los divinos misterios los Religiosos que habitaron en el convento de San Pedro de los Griegos hoy convertido en una casa de campo. ¡Tal es la inconstancia del tiempo que todo lo muda y lo destruye!

Cuando los religiosos del convento del Olivar fueron echados de su casa en los primeros días del mes de enero del año 1836, y sus bienes fueron aplicados a la nación, el Sr. Marqués descendiente de sus fundadores hizo valer su derecho de devolución y consiguió que el gobierno le adjudicase dichos bienes, contando entre estos, los pertenecientes a San Pedro de los Griegos. Algún tiempo después, esta posesión paso al poder de don Ramón Julve padre del actual poseedor del mismo nombre. Luego que este señor entro a poseer estas fincas por muerte de su padre, su primer cuidado fue reparar el edificio y particularmente la iglesia. Su piedad no le permitía ver profanado diariamente y convertido en un establo un templo, en cuyo recinto habían resonado en otro tiempo las alabanzas del Dios vivo, y en el que, a pesar de su mal estado, aun se celebraba dos o tres veces anualmente el santo sacrificio de la misa. Estimulado pues por su piedad y guiado por el buen gusto de su hija Doña Josefa que mira con especial predilección esta heredad, acometió la empresa de restaurar este histórico edificio. Las obras empezaron el año 1863 y quedaron terminadas en el siguiente 1864. Los gastos de reparación han debido ser de consideración, pero Don Ramón Julve da por bien empleados sus caudales, habiendo sido invertidos en mejorar el culto de Dios y sus Santos.

Este edificio restaurado consta ahora, como ya he dicho de tres departamentos, la iglesia, la casa y los establos. La iglesia ha quedado tal como estaba antes, salvo algunas variaciones; es algo más pequeña en longitud, se ha suprimido el coro y la sacristía, y la puerta que antes estaba al norte dentro del patio de la casa, ahora está al poniente separada de la misma por un espacio de veinte pies. La fachada es bastante buena con una bonita cor-

nisa sobre la puerta y una columnita en cada uno de sus lados. Para subir a la iglesia se suben tres gradas de piedra. En el interior no hay decoración, pero está muy clara y tiene buenas luces. A la entrada de la iglesia hay una pila de piedra labrada muy lisa en la que se conserva el agua bendita. De lo más elevado del muro de uno de los arcos cuelga una lámpara delante del altar, y en las paredes laterales se ven unos cuadros con estampas que representan las estaciones del Vía-Crucis. En el lado izquierdo del altar se hallan los calages en que se guardan los ornamentos y demás necesario para celebrar el santo sacrificio de la misa. Medida por su parte exterior tiene esta iglesia de longitud cuarenta y ocho pies, y treinta y uno de latitud.

La casa ha sido renovada enteramente, no habiendo quedado de la antigua mas que las paredes forales, tiene los pisos espaciosos alto y bajo. El piso bajo contiene una buena cocina con sus dependencias, dos cuartos con dormitorios y las caballerizas. Estos departamentos tienen puerta al patio, que es espacioso. El piso alto tiene, además de dos grandes graneros y otros cuartos, dos bonitas piezas y chimenea para uso de los señores, la puerta se halla al oriente enfrente de la hermita. Esta casa medida de E a O tiene setenta y un pies, y de S a N cincuenta y uno y medio. Los establos están situados y contiguos a la pared norte de la hermita; son espaciosos y cómodos para el objeto a que son destinados. En uno de sus ángulos hay un bonito horno de pan cocer. Su longitud de E a O es de cincuenta y cuatro pies, y de S a N de cincuenta y seis.